



CÉSAR BISSO

De abajo mira el cielo



ediciones UNL

**De abajo
mira el cielo**

ITINERARIOS
POESIA



CÉSAR BISSO

**De abajo
mira el cielo**

ediciones UNL

A dos mujeres:
Analía,
amor de vida entera.
Guillermina,
hija de luz plena.

Nota a esta edición

A veinte años de su primera publicación, la Universidad Nacional del Litoral editó a fines de 2019 una obra muy significativa para mi vida literaria, como lo es *Isla adentro*, incluyendo algunos comentarios críticos sobre ella. En aquella oportunidad, los viejos poemas se asociaron a otros nuevos textos. En esta segunda edición, felizmente continúan expandiéndose en el mismo universo de las aguas.

EL AUTOR

PARTE 1 **Isla adentro**
Premio provincial
de poesía
«José Pedroni» 1997

FRANCISCO MADARIAGA
BUENOS AIRES, 1999

No es sol que usurpe

No es sol que usurpe / colores / frescura / despertares. Esto leo en el primer poema de este libro de César Bisso, un poeta que no ha sido abandonado por el paisaje, lo que es fundamental en estos tiempos, donde el paisaje del agua, la campaña no hollada aún, o el urbano de cementos, hierros e iniquidades, están expuestos a los mismos extirpadores que, generalmente, por el eterno espíritu mercantilista, o por ser niveladores por la base, a lo largo de la historia del arte han terminado —muchos de ellos— en asesinatos de su condición de poetas o escritores.

Este poeta trae, desde el fondo y la corona de sus islas, que lo engalanaron de paisaje — el eterno paisaje para los inocentes— en poemas donde se lee: *¿tendría la eternidad rumbo de aguas estancadas?* Y esto se lo pregunta para el caso que hubiera diluvio, caos, sacramento. Todo esto compromete a nuestra imaginación y a nuestro sueño, cuando creemos, primordialmente, en el agua, y tratamos de bajar y subir por el río eterno. Mejor lo dice Bisso: *Heráclito / deslinda mirada y agua. / Lo que anhela cambia. Y lo que no / es muerte.*

Encuentro valor poético —vital— cuando expresa: *Isla quieta / sola y bella dama*. En esta isla no hay deseo que no pueda encontrar, y de pronto, un caballo en soledad toca el alba, el poeta pregunta quién será el dios de la isla, y sigue caminando por la noche —¿y por qué no por el amanecer del sueño?—. Esta pregunta que me hago me la confirma cuando describe el verde montaraz / detrás / del albardón. Y más adelante, en su caminar-navegar, donde el poeta inquiere: *¿importa medir / lo que no tiene espacio ni tiempo?*

Continuemos el recorrido de sus islas. En la preprimavera descubre que por la escarcha las ramas vuelven a ser pájaros, y en primavera hay quien abanica la orilla. Qué verdadera imagen de amor. Y luego reaparece la eternidad al decir *hay eternidad / donde un árbol / no alcance / su propia sombra*. Me pregunto si en vez de que la isla espere su último destello para ocultar su cadáver ¿esa isla mujer, no es la que está echada allí donde al árbol le es imposible ver reflejados su follaje y su alma?

Y después de todas sus miradas, recibimos la donación de unos haikus azules y otros movimientos entre los que el río no regresa / para que no lo olvide.

No se puede olvidar lo que es donación permanente, como el caso de este excelente libro, donde César Bisso demuestra estar muy lejos de los bajos plafones de los impostores «redactores de poesía».

FRANCISCO MADARIAGA

Miradas

Yo escribo porque
me alza la naturaleza

COMIENZO

La mirada esfuma lo vivido
invoca el devenir.

No es olvido que pese
memoria perdida.

No advierte duda lejana
angustia próxima
improbable acontecer.

No es sol que usurpe
colores
frescura
despertares.

No abandona el paisaje
delimita la belleza
sustituye lo que fue.

El alba
no quiere llegar tarde
a la felicidad de lo inesperado.

INTERIOR

Dejo el mundo afuera.
El agua emblandece al barro
y mendiga sed.
Convenciones de juncos agarbados.
Desorden del viento.
La belleza está allí: silenciosa, cauta.

El ojo usurpa restos del alba.
Ningún pájaro es vuelo que libera
si escala su propia altura.
Solo el agua va. El ojo permanece.

Tomo al mundo por el ojo
y nada oculto tras la maleza.
Lo que no alcanzo, inmóvil goza
en el misterio de la mirada.
Dura el intento y mientras intenta
anima.

No hay otro lenguaje.
Cielo.
Agua.
Isla.

SER

Devenir incesante
mudanza de la belleza
búsqueda temblorosa del vacío
sonido asible y oculto
espiral de luz
violencia de lejanas lluvias.

El río es un ojo que no olvida.

NO SABER

El río persigue lo que no fue dado.
Bastarían credo, diálogo, letanía,
ascender al espacio de inmortal verdor?
De haber diluvio, sacramento, caos
en el cielo y en la tierra, tendría
la eternidad rumbo de aguas estancadas?

Brotan incontables ojos en medio de la isla.
Alrededores de espuma. La serpiente ignora
y desliza fuego de cometa terrenal. El destino
no acaba en su veneno ni en mi resistencia.
Miro el río. Estremece no saber lo que da.

ETERNIDAD

Heráclito desanda rumbo de sí mismo
por el río eterno.

No hay ojos para la anchura del sol.
La calandria se aleja sin regreso.
El devenir pulsa un nuevo instante.

Heráclito
deslinda mirada y agua.
Lo que anhela cambia. Y lo que no
es muerte.

SOLA

Isla en medio de mí.

Mansa
como manos de agua
mira tan adentro
y me atraviesa.

Isla quieta
sola y bella dama
penumbra silvestre
voz de luna
abrigo de hojas
silencio
brote del asombro.

Una isla en medio de mí
muy adentro.

ESCUCHAR

Retumba una voz
en otra orilla.

Escurre
entre árboles.

Pueden las hojas oír?

El viento responde
con despojos de ocaso.

El ojo aclara: solo
silencio que respira.

VÍA LÁCTEA

De tanto cielo alcanzo una estrella.
No es todo. Luz y sombra
arrastran la última hoja.

Vértigo celeste suspendido.
Cuatro puntos cardinales
extrañan la brisa que no llega.
La noche fluye, lánguida, tibia.

Hay deseo en la isla que no halle?

FUGAZ

Rojo
gestación de la noche.

Ocre
horizonte sin borde.

Azul
descenso del silencio.

Verde
culminación del goce.

GALOPE

Las crines arden
entre viento y arcilla.
Bajo sudada pelambre
el músculo resiste
la terquedad.
De pronto,
relincho vertical
eriza el verde.

Caballo en soledad
toca el alba.

ENIGMA

Pregunto a la isla: quién es tu dios,
blasfema el sauce, adora el ceibo,
revelan las aguas el saber perdido,
eres solo eternidad que resplandece?

Si nombro las cosas, aliento otra duda.
Entonces miro. Y callo. En el silencio
comienzo a construir mi fortaleza.

CLAROSCURO

Ausente el horizonte
la sombra fluvial
esparce
halos de silencio.

Ojos cerrados
alumbran dentro de mí.

Miro como un pez
desde la remota
oscuridad del sueño.

LECTURA

Un pájaro es una hoja más
del árbol.

D.H. LAWRENCE

Las palabras
descubren dones,
maldicen, aman.

Pájaros
que no pesan
en el cielo
de los árboles.

Frente a mis ojos
el poema.
Una hoja más
que vuela.

CAZADOR

No hay filo
que incite al degüello
ni corazón entrampado.

Isla adentro, riego de sol.

Asestada de luz
la víctima.

NATURALEZA VIVA

El hechizo de la isla
no cesa.
Azul inalterado
roza cielo y espuma.
El aura compulsiva lloros
de árboles.
Los grillos acopian
esplendores.
La serpiente desanda
los barrancos.
Camalotes.
Ceibo.
Espinillos.
Verde montaraz
detrás
del albardón.

Nada se parece al Hombre.

FRONTERA

Allí
el agua refugia olores
y tierra sin memoria.

Allí
tiempo en soledad
sobre la piedra hendida.

Allí
justificarás el fuego
alcanzarás el límite.

Allí
aún es posible mirar.

BÚSQUEDA

Hoja por hoja, en cada gota,
regreso algo de ti.

No es sencillo
atribuir la pérdida
de lo bello,
lo misteriosamente amado,
al ingrato desahogo
del desposeimiento.

PÁJAROS

I

El colibrí no vuela alto.
Suspendido en vacío de luz
vibra de raíz a rama:
lo frágil, lo infinito, significa
el pasaje de una flor a otra?

II

Muda la golondrina
más allá de nubes, viento, luna.
Abre sus alas y resiste:
cerca, lejos, importa medir
lo que no tiene espacio ni tiempo?

RITO DE AGOSTO

La última escarcha
anida en horcaduras
para que vuelva la rama
a ser pájaro.

PRIMAVERA

Oros abanicán la orilla.

CASIDA DE LA TARDE

Exhalación de la fiebre
colmillos hincados en la rama
plural zarandeo de cigarras.

Ah preñez de la tarde
sonido interior del árbol
azul desmayo.

Puro silencio. Isla en llamas.

ASOMBRO

Murallones de greda,
el agua empuja.
Paredón de nubes,
el sol penetra.
Redil abroquelado
y el viento pasa.

Nada pierdo
si ojos y latido
no son los mismos
ante cada revelación.

Todo es posible
a este lado del horizonte.

DÓNDE

Hay eternidad
donde un árbol
no alcance
su propia sombra.

REITERACIÓN DEL PAISAJE

Este día debo guardar silencio
y solo mirar adonde nadie.

Descender el río temprano
hasta el sol más profundo.

Este día extraña mi origen.

SOLO CIELO

Hilachas de luz guían el canto.
La noche está cerca.
Música de alas sube sin prisa,
retorna rocío sobre verdes terrazas.
Cierro los ojos. Quién llama?
Océano de pájaros,
olas que rompen contra el árbol.

DOLOR

Desmayo del crepúsculo:

entre cornamusas de siriríes
el ojo imperturbable que asesina.

SIN REGRESO

Camalotes
a la deriva
no perseguidos
por los pájaros,
sino silenciosos
como ataúdes
condenados
a la desmesurada
oscuridad.

LA NOCHE

Te busco hundida en la llovizna.
No tienes rostro para que otra mirada
te alcance. Solo ojos,
infinitos ojos de criaturas en vigilia.

Bajo el árbol sudoroso de la orilla
escondes el secreto: habitarte
es matar tu sueño o soñar mi muerte?

Pestañean las hojas como pájaros.

PARA NO MORIR

Escribo con el agua
sobre la piedra violácea
del sueño.

El río se deja oír.

Otras voces muerden
la carne viva del ocaso.

Orilla de infierno.

Queda vacía la palabra
y fuga entre hojas
hacia la boca de la noche.

CRESCENDO

Voy hacia la luz más alta del río.
Transito el sendero de los pájaros.

La tierra se ha perdido. Nada
sublima este paisaje moribundo
sobre un cielo caído de repente.

Presiento el destino del vuelo.
Se esfuma el árbol. La mirada.

No arrojó corazón ni osamenta.

ISLA

Mujer fluvial, desolada.
Invoca el último destello.
Aguarda su cadáver.

DESEO

Que me atravesase un país azul
rústico
inmemorial
con aguas animosas
cielos chapoteando la oquedad
y criaturas bienaventuradas.

Enteramente llano.

Un país donde no conozca
promesa ni consuelo.

JUAN L. ORTIZ

Haikus azules

¿Solo esto es cierto,
solo esto?

I

Tazón de luz.
Pertinaz mansedumbre.
Isla en soledad.

II

Solo silencio.
Deshabitar el río,
absorber la sed.

III

Dos ojos lanzan
puñaladas al agua.
Y no se matan.

IV

Hay tanto cielo
que duele estar abajo.
El ojo alivia.

V

La nube vuela
detrás del relámpago.
Bostezo de sol.

VI

Pinceles diurnos
amarillan los sauces.
Dona oro el zorzal.

VII

Rumbo de sol.
Espejo a la deriva
donde nadie ve.

VIII

Gota por gota
la lluvia despabila
párpados de agua.

IX

Las hojas vuelan
al borde de la tierra.
Lágrimas de árbol.

X

Brotos de sangre.
Resplandecen las flores
del viejo ceibo.

XI

Sombrero de agua.
Desde la tela púrpura
posa la lluvia.

XII

Tras la tormenta
desvelo de pájaros.
Magia del cielo.

XIII

Trama nocturna.
La víctima descubre
que no está sola.

XIV

La víctima huye.
Triste queda la muerte
entrampillada.

XV

Un candelabro
que ningún viento apaga
anilla el cielo.

XVI

Hinca la noche
espolones de nácar
para no morir.

XVII

En luna ciega
ilumina el camino
quien lo desanda.

XVIII

El río apura
rumbo de camalote.
Isla que viaja.

XIX

Quién reconoce
en medio del silencio
la voz del agua?

XX

Es la soledad
otra isla penitente
adentro de mí.

VICENTE HUIDOBRO

Movimientos

Nada vuelve...

Se alejó el río

para siempre

IMPROMPTU

El río no regresa
para que no lo olvide.

ADAGIO

El pez
remonta aguas

contra destino
del río.

ROMANZA

La isla se tiende
como sombra en celo,
resignada
al desvelo del árbol,
al esplendor del rocío.

A la voracidad de la noche.

ANDANTE

Aun
más allá de la luz
hay tiempo para mirar.

Evasión fugaz
la muerte.

ALLEGRO MODERATO

Navegante silencio
evoca el tardío enigma:

muere todo esto
si niego la mirada?

ALLEGRO VIVACE

Nada vuelve a los ojos
tal como es.

Qué más queda?
La palabra?
El sueño?
Acaso lo perdido?

Pura sed en llamas
naufraga mi silencio.

Qué más queda?
La voz desnuda?
Un nuevo asombro?
Otro despertar?

Isla adentro
solo la mirada
halla lo inesperado.

PARTE 2 **Otros poemas**

CARLOS ROBERTO MORÁN
SANTA FE, 2019

No hay otro lenguaje

De orilla a orilla todo se vuelve ausencia. Para César Bisso, Coronda es el centro del mundo (*Diviso Coronda. Recuerdo el adiós de mi padre*). Vivió allí en su niñez y después se trasladó a un ámbito más urbano, primero Santa Fe y luego Buenos Aires. Pero Coronda quedó arraigada en lo más profundo de su persona, allí, donde aún reside el poeta. A Coronda ha regresado una y otra vez a lo largo de los años, para reencontrarla. Y seguro que para reencontrarse. Sobre ella escribió y escribe poemas cada vez más autoexigidos, con los que cala en profundidad. Porque en ese territorio, en lo más recóndito, anidan el mito y el secreto. En el presente libro, que enlaza los poemas de *Isla adentro* con otros textos insertos en su cosmogonía fluvial, nos advierte, desde el comienzo, que «no hay otro lenguaje» y que todo allí es cielo, agua, isla.

En este contexto, Bisso nos guía a través del territorio que va enunciando, de la manera adánica con la que se debe expresar cuando se trata de poesía. Aplica su mirada y cuenta a quien lo escucha. Va contándole al lector: *El río es un ojo que no olvida/ Estremece no saber lo que*

da. Luego nos advierte que el hechizo de la isla no cesa, porque estamos en un terreno que es, además de personal, impreciso, atemporal. Por eso en algún momento se pregunta: *¿Importa medir lo que no tiene espacio ni tiempo?*, para aclararnos que el tiempo es pura conjetura.

Vayamos despacio por esta geografía imprecisa, incesante, porque aquí no hay prisa, solo existe el devenir. Tiene su profundo encanto que no es casual. Ingresados a ese lugar, debemos despojarnos de certezas y creencias previas, como lo hace Bisso. Allá quedaron el sociólogo, el periodista y el profesor universitario. Acá se despoja, se desnuda, se sumerge en una totalidad de la que da indicios, pero que no se puede definir. Sus límites son indefinidos. *En una isla nada es fugaz*, nos dice en un determinado momento. Y, en otro, nos aclara que el hechizo de la isla no cesa. Como ocurre con el cielo, como ocurre con el agua.

Al respecto, una doble advertencia: *El río es otro sol que alumbra desde abajo* y *El río es ahora, no tiene regreso*. Alguna vez, el pintor Ricardo Supisiche nos contaba que cuando recorría el paisaje costero próximo a Santa Fe y copiaba aquello que veía, árboles, agua, canoas, ranchos, animales, regresaba insatisfecho a la ciudad porque «captaba solo parte del paisaje, pero no el paisaje en su totalidad». Hasta que cambió su forma de mirar y se encontró con lo inefable. Dejando de lado las distintas formas expresivas, Bisso hace lo propio: bucear en la totalidad. Quizás tendría que decir; bucear en la eternidad. Al artista le compete hablar de lo

(casi) inexpressable y al lector sumergirse en la propuesta de lo ilimitado. De aquello que otorga el genuino aliento de lo contemplado.

La región Litoral ha sido contada y cantada a partir de múltiples voces y a lo largo de los años. Ha estado y está presente en la literatura, la representación plástica, en el cine, en el teatro, emerge en el cancionero popular y en la música llamada erudita y por consiguiente, resulta un tanto arduo hablar de quien mejor la ha representado. Pero, también es cierto que hay una cierta unanimidad en torno a la figura y a la obra de Juan L. Ortiz, quien nos «reveló» al río y sus fantasmagorías a través de su portentosa obra poética. Insoslayable su nombre cuando se habla de dicho territorio. Bisso y sus poemas tienen que ver con ese universo, el mundo personal y su propia búsqueda. La poesía es en sí misma un camino en el que cada autor intenta hallar su profunda identidad. Y *De abajo mira el cielo* es un fiel testimonio de esto.

Inefable, ausencia de tiempo (que es «pura conjetura»), espacio intangible. Todo es posible si de lo que se habla es de la dimensión metafísica del universo mítico: *Hay eternidad donde un árbol no alcance su propia sombra, porque todo es posible a este lado del horizonte. Queda vacía la palabra y huye hacia la boca de la noche. Para el poema nunca es demasiado tarde. Vale la pena adentrarse en tanto misterio.*

BEATRIZ VALLEJOS

Epifanías

Se inclina el junco,
bebe la sombra
del pájaro

HECHIZO

Estoy frente al río.
Mis ojos sostienen el cansancio de la orilla.
Aquí no hay prisa. Solo existe el devenir.

Contemplo afilados contornos de barro,
el horizonte verde, irreversiblemente verde
y el sol que cae sobre mis hombros.

Su encanto no es casual.
Hondo silencio transita la mirada
con aromas de isla y ropaje de agua.

DE TIERRA Y RÍO

Nombro la tierra
lluvia bendita
desgarro de cielo
ancho silencio
verano ardoroso
prisma otoñal
timbó erguido
a puro sol.

Tierra de infancia
embrujo
tabaco negro
mate amargo
alma criolla
ranchada
verde sobre verde
humedales
inacabable luz.

Tierra del bien
canoa bailadora
noche sin remos
cazador ausente
luna soñolienta
guitarra ebria

memoria baldía
hembra errante
indolora.

Tierra esencial
sangre chaná
amazona mística
resuello de plata
sábalo
carpincho
garza
masedumbre.

Más allá
potencia
rumbo.

El gran río.

Cerril
inmortal.

EN UNA ISLA NADA ES FUGAZ

En una isla nada es fugaz.
El tiempo es pura conjetura.
La sombra mora en las ramas,
atenaza el nido,
lo torna invisible al fondo
de la tarde.

Brota la miel reluciente.
Aroma los juncos,
aletargados peregrinos
en trance.

Timbó rebosado de cotorras.
El chirrido estremece las hojas.
Con sus alas alzan la luna,
oculta detrás del carrizal.

El silencio aísla la bandada:
cielo y tierra jamás se tocan.

BORDE DE ISLA

No llego al río.
Permanezco en la antesala
del crepúsculo,
bajo el mismo aire
donde mis manos buscan
la inmanencia del quebranto.

Mis ojos, ausentes de luz,
bucean en turbio remanso
en busca de lo que ya no está.

Como araña enhebro el silencio
en los telares azules del dolor.

Bordeo una isla de cenizas.

En la orilla, párpados de agua
trasponen la frontera sacra.

EL RÍO PASA

Escucho el devenir.

Resuena otra voz
en pausada letanía.

Inquiere el mirar
la perfecta hondura.

Trasiega el alma
en vertical estallido.

Se alzan los juncos
hasta mudar el sol.

PRELUDIO

Esta quietud
espeja tardes azules
en el silencio isleño.

Al otro lado del río
desnuda
aguarda la belleza.

IMÁGENES

Transito el atardecer.
Sobre muros de barro
contemplo
el perfil de la luna, remoto,
suspendido entre hojas de sauce.

Vibra esta hora secreta
al ritmo de los impetuosos juncos
cuando el gran pez
abre la boca de espuma
y devora el último hilo de luz.

La tierra flota
sobre un abanico de estrellas.
Solo los pájaros desafían
las espadas del cielo
clavándose en la enramada solitaria.

La isla es canto de cigarra
a la espera de una lluvia sin tiempo.

Qué alivio abandonarme,
sentir como desciende la mirada.

Qué deslumbrante hechizo
la luna entre los remansos ocre.

Veo tenderse, rendida, la muerte.

De orilla a orilla
todo se vuelve ausencia.

Un jaspeado viento sur
abre la puerta de la noche.

REPOSO

Espléndidos raigones
velan el descenso.

Una luna espumante
acuna la orilla.

Mutan las sombras
amores en vigilia.

Airecito costero
descorre la frontera.

Dentro de mí
abisma la noche.

Encarcela el olvido.

BOQUERÓN

El arroyo extiende su largo verano.
Dragón dormido en lecho de arcilla.
Criaturas de allá abajo
deambulan
por meandros henchidos de fiebre,
boquean
en el cielo revuelto de las aguas.
Apetecen
el alimento desgarrado,
husmean la rugosa ofrenda
del anzuelo.

Allá arriba,
como un dios de piel morena
encogido en la canoa,
el viejo centinela conoce
la potencia del viento sur.
Apura el regreso.
La pala hiende la oquedad.

El día no tendrá alimento,
tampoco muerte.
Solo espuma y sigilo
bajo las aguas del Boquerón.

ENERO

Tres lunas
descienden
férvidas
por escalones
de agua.

Asoman
lentamente
al borde
del crepúsculo.

Enjoyan
la desmesura.

PASO DE LA HELADERA

Un hilo frío de agua mansa
sustenta la belleza del irupé.
Lapacho y sauce hechizados.

Dormita el ala de los pájaros
donde ya no cabe la sombra.

El ojo apenas ve. Y el remo late.

Ay canoíta, guitarra desencordada,
llévame, llévame....

INUNDACIÓN

Canoíta pescadora
no sueltes los remos.
El agua que llega del norte
ya no está tranquila.

Y mis ojos de niño,
que miran desde adentro,
no saben remar al desamparo.

LA TREGUA

El río es lluvia en una gota hueca,
torbellino inacabable,
arco de fuego sin malicia,
lengua que lame su cuerpo,
mano que sostiene la tierra.

La sombra del sauce nada, sin pudor.

CREPUSCULAR

El sol desvanece.

Mis ojos trenzan
retazos de cielo
y destrenzan
fulgores de isla.

Frágil boguerito
vigila la orilla
al aura del ceibo.

El anzuelo dormita
en el agua.

PESCADOR DE CARANCHO TRISTE

El pescador huele a silencio.
Al alba tiende las redes en el anchuroso cauce.
Rema con mansedumbre hacia la otra orilla,
inclina el torso a un costado de la canoa
y recoge desde la hondura los frutos sagrados.
El filo del cuchillo apresura la muerte,
dedos carcomidos hurgan entre anzuelos.
Al mediodía, del aro de metal descuelga la carne
y una olla con grasa caliente la vuelve fritura.
La siesta traspasa la marisma y adormece al sauce.
En el rancho el hombre friega la oscura corteza,
siembra escamas por encima de su compañera.
Fornica como si alzara con regocijo un dorado.
Después regresa al oficio de tallar en el agua.

El pescador nada pide y poco tiene.
En la pobreza reside su donación a la vida.
Atizado por el vino, alardea con el nombre del paraje:
aquí la gente come hasta las tripas de lo ganado.

El carancho vigila, tristísimo, sobre la rama.

PROVIDENCIA

Sobre carnadas pavorosas
zumbido de moscas
anuncia la muerte bárbara.

El pescador mira su reino dorado.
La tarde exhala pliegues de luz.
Sauces y juncos menean.

En medio del río acecha el anzuelo.
Sábalos irascibles tañen en lo profundo.

El silencio es otro pez que alza el agua.

VIRGEN ISLEÑA

Espuma y fuego levan bajo el sol de enero.
Adormilado, el lapacho arquea la orilla.
La niña morena roza el remanso con los pies.
Aguarda la nueva revelación del ángel.

Junto a ella flota la red del pescador,
Acecha el dorado, puja la canoa, vigila la isla.
Más lejos, la heredad del desamparo.
El tabaco, el vino, los mansos naranjales.
Y la sangre de los montes. Y esteros salvajes.

Callada desvanece en busca del milagro.
Alza los ojos y observa los hilos del cielo.
El último destello de antiguos pájaros
ondula el ropaje de los árboles.

Enamorada del amor ignora oros y presagios.
Dona la fe, transita la dicha de vivir sin dios.

CRIATURAS DE LA ORILLA

Quien se desliza por la orilla es el hombre, no el agua.

Ella está quieta, enlutada de invierno.

Abriga lívidas criaturas deseadas por el cazador.

El párpado no se cansa, intuye lo que vendrá.

Sombras montaraces ondulan el crepúsculo.

El disparo es silbo de viento perezoso.

Un ruido expira entre alas de siriríes que se alzan tras los

[juncos.

El paisaje transforma el gesto del hombre, no el canto

[enfurecido.

Adónde va la sangre, dónde cae el plumaje sin cuerpo?

El cazador alza la presa sobre el hombro y retorna a la guarida.

Los patos orbitan la orilla. La calma surca el barro.

Solo el silencio espera la muerte futura.

El agua es la última fortaleza.

DELIRIO

Imposible que suceda en algún lugar
o tal vez sí, en la hondura de la isla
alguien imagine que debajo del curupí
el pescador reposa después de largo día,
avizora bandada de estrellas
como si fueran patos siriríes en fuga
mientras las bogas, al fondo del arroyo,
esperan el asedio de aparejos y espineles.

O tal vez asome un sapo entre las chilcas,
con su boca desmesurada y patas de barro,
atraviese la espesura, salte al pecho
horadado en vino y encienda con su croar
la inmensa noche veraniega.

Luego desaparezca por los humedales
a pesar de un tardío lamento,
extraño nombre que retumba, embriagado.

En la isla también el delirio anda sin ropas.

GARZA MORA

Serpentea el alba.
Con plumaje de luz
busca la fina porcelana
en el fondo de la laguna.

Abandona su vuelo
quien desde la orilla ignora
la armonía del cosmos fluvial
y comienza a desandar
el quebrantado rumbo del día.

Entre dos cielos,
la vida descansa en una sola pata.

EL DORADO

Bebe la pasión
sangre a bocanadas
y vomita en oro
el dolor más bello.

ZARPAZOS

Tras cada golpe de espuma
un puño de gorriones
atrapa al sol en sus pequeñas alas.

Fosforecen las escamas de los peces
en la blandura del cauce,
donde las redes no acechan
y la luz se ahoga entre zarpazos de agua.

El río es otro sol que alumbra desde abajo.

SOLEDADES

Una isla desierta no altera el tiempo.
A puro sol y luna se nutren los árboles,
el agua, el barro que sujeta los juncos
y la energía bestial oculta en la maleza.

Inspira silencios de intenso verdor.
Se desnuda tras la bruma del oriente
y se cubre con las hojas del crepúsculo.

La isla baldía perdura en el aura del río,
en el hechizo de una selva sin orilla.

Cada criatura intuye su rumbo salvaje.
Solo la sombra del hombre anda perdida.

ENCUENTRO

Siempre regreso a ti en tardes de marzo.

Por extraña fuerza de la nostalgia
penetro en el clamor de tu cauce
como sordo estallido de agua cristalina.

Un brote de paz es tu andar por mis silencios.
Arropado de espuma, tendido en sombra,
con la fresca sensación del tiempo en la mirada.

La leve potencia de tu paso esparce colores
y me abismo desde la orilla que atardece.

Ah, luminoso río,
grandes amores no se ahogan en remansos.

SIESTA

Galope sediento de sol,
crujiente silbo en adobe,
picoteo de calandrias
en horquetas ardorosas.

Un niño agradecido
está solo y juega.
Hilvana sueños
con hilos de la orilla.

GRACIA

Ser reminiscencia del río,
la correntada febril
entre barrosas corvaduras
donde crece el hosco pajonal
y ladran perros bajo la lluvia.

Ser los brazos del fuego,
el ángel bienhechor
que habita la barranca
donde bostezan las ranchadas
y tiembla el ñandubay.

Ser el músculo del remo
ahogándose en hondas raíces
de sangre,
donde fatiga el cauce tenebroso.

Ser la porfía de la presa,
nunca el nervio bestial del cazador.

Y donde la mirada no alcance,
el brazo no se extienda,
pierda impulso el músculo,
ser oleaje que agita la orilla.

CAMINO DEL AGUA

Escucha la canoa,
habla con voz del agua.

El decir de mi padre
resuena en dóciles remos.
Circulo humedales del monte,
allá lejos,
donde los arroyos desaguan
en la enjundia isleña
y los naranjeros
salen al encuentro del sol.

La voz del agua es la infancia.

Luz y sombra del primer deseo.
Ardoroso temblor de verano
en las espigas del viejo curupí.

Turbia nube se vuelve verde,
más verde todavía
al caer como una exhalación
en el incendio del universo.

Escucha la canoa.
Revela el milagro del regreso.
La tozudez de bogar y bogar.

Atravieso el camino del agua.
Percibo su voz. Diviso Coronda.
Recuerdo el adiós de mi padre.
Allá voy. Ávido de vida y muerte.

Arremete la infancia con su daga.
El melodioso acordeón de las olas
estremece la hojarasca.

En la orilla desgranada vibra el juncal.

ANHELO

Mirada que trepa
a la luna
por enramadas lilas,
brisa que alivia
recuerdos
en agua calma,
niño que corre
por la orilla
esquiva
de la ausencia.

Ser
en la memoria.

PLEGARIA

Oh río de la memoria,
padre de sol y lluvia,
resguarda la fronda del estío.

Que lámparas del alba
enciendan aureolas de espuma.
Canoas taciturnas
pugnen por no despeñarse
en el abismo de la niebla.

Y la negra boca del sábalo
rompa el anzuelo,
el recelo del carpincho
tuerza el caño del rifle,
la tempestad del potro
derribe murallas de fuego.

En el marjal de la isla
no cercenes el esquivo paso
del cangrejo,
déjalo que llegue
hasta su templo de barro.

Que tu indómito caudal
no arremeta contra el sauce
y la orilla desvanezca.

Solo déjanos cielo y agua.

HOMERO CARVALHO OLIVA

Devenir
y ante todo
estaba el agua
el río
la lluvia

UNO

Elegir el río como destino del poema: andar incesante.

DOS

El río tiene orillas desde donde mirar.
Lo mismo el poema.

TRES

El poema se apoya en el devenir.
Su movilidad tiene ritmo de río,
donde la palabra permanece.

CUATRO

El río es ahora. No tiene regreso.

El poema siempre es mañana.

CINCO

El río no ofrece ni quita. Como el poema,
navega dentro de sí.

SEIS

Dicha es saber escuchar el silencio.

Angustia, no poder reconocer la propia voz.

SIETE

El poema es la esencia. El río, la existencia.

OCHO

Es necesario llegar al fondo más oscuro del río.
Descubrir su luz. Lo mismo sucede con el poema.

NUEVE

El poema enciende, ilumina, funde, quema.
Espejo de sí mismo, no necesita existir por nadie.

DIEZ

En la permanencia de la mirada
el río nos parece eterno.

ONCE

Ni vértigo ni quietud. Solo imprevisibilidad.
Si el rumbo tiene certeza, deja de ser río.

DOCE

Más lento el andar del poema.
Para él nunca es demasiado tarde.

PARTE 3 **Apéndice**
Comentarios acerca
de *Isla adentro*

ROBERTO RETAMOSO
FRAGMENTOS EXTRAÍDOS
DEL ENSAYO
«LA LITERATURA
SANTAFESINA Y EL RÍO».
REVISTA LA BIBLIOTECA.
BIBLIOTECA NACIONAL
MARIANO MORENO.
BUENOS AIRES. 2007

La eterna presencia

Ancho y caudaloso, el Paraná desde siempre —y siempre debería entenderse aquí como la forma más plena de la indeterminación temporal: de lo literalmente *indatable*— ofrece el espectáculo de su devenir incesante.

Así, podemos imaginar que su eterna presencia fatalmente antecede tanto como modela la mirada y la palabra de quienes pretenden decirlo. «En los orígenes ya era el río», podría enunciarse de modo orticiano, para significar con ello la precedencia del Paraná respecto de las voces que también desde siempre —aunque en este caso el sentido indeterminado del adverbio suponga necesariamente un alcance menor— han intentado nombrarlo, representarlo, en la insistencia de un diálogo tan infinito y eterno como el mismo río.

La historia literaria y la estética —disciplinas quizás agonizantes— sostuvieron en su era de esplendor la importancia fundamental, decisiva, del paisaje en la configuración de lo que, acaso de manera endoxal, llamamos literatura. De ahí la importancia concedida al desierto en la literatura de

los escritores argentinos del siglo diecinueve; de ahí asimismo la importancia atribuida a la montaña y el silencio en los textos de los narradores y poetas que hablan del noroeste argentino, o a la vacua vastedad de las tierras australes en la escritura de los autores que representan el inmenso mundo de las tierras patagónicas. Pero la historia literaria y la estética, en su movimiento de repliegue forzoso, han cedido su lugar antiguamente axial a nuevos saberes y nuevas perspectivas teóricas y epistemológicas. Es así como ciertas tendencias críticas contemporáneas promovieron el relevo de esa visión característica acerca de la relación existente entre literatura

y paisaje, a la que descalificaron en términos de romanticismo y regionalismo, cuando no de esencialismo o metafísica.

Es obvio que la crítica a la importancia concedida al paisaje en los estudios literarios tradicionales ofrece razones irrefutables. Porque si esa importancia se basaba en una concepción *realista* de la literatura y el arte, según la cual las obras artísticas no serían más que una suerte de reflejo fidedigno de una realidad exterior que la determinaría tanto a nivel de su génesis como de su sentido, resulta evidente que esa concepción oblitera las posibilidades de una comprensión mayor de la naturaleza misma de los hechos literarios y estéticos. Los nuevos saberes acerca de la literatura y el arte han enfatizado positivamente el carácter discursivo o simbólico de sus diversas manifestaciones, al señalar la dimensión productiva que dicho carácter cobra en la instancia de representación de lo real.

Pero ello no impide volver sobre la cuestión del paisaje, entendido ahora como aquello que los textos tematizan, inscriben, por medio de complejos procedimientos discursivos. En rigor, esa cuestión no debería ser pensada más que como cierta modalidad característica que adoptan los textos

de una región particular del país, a los que por complejas y sinuosas razones la crítica hegemónica generalmente soslaya cuando no ignora.

En oposición a dicha hegemonía, estas notas pretenden recuperar una serie de escrituras santafesinas donde el río se enuncia poéticamente. No se trata por cierto de una pretensión caracterizada por la exhaustividad: ni el espacio ni la competencia de su autor lo posibilitarían. Se trata, más bien, de un recorrido acotado y sin duda arbitrario, donde la perspectiva de ese autor reconoce los momentos más plenos, más intensos, en los que el río se convierte en el objetopreciado de la literatura de la provincia...

Cuando la lectura se adentra en los textos de Felipe Aldana o de Beatriz Vallejos, se tiene la sensación de que la poesía santafesina, al hablar del río, no solo se acerca a una poética orientalista, sino que además adopta sus formas características. Esa sensación es corroborada si además se lee un libro como *Isla adentro*, de César Bisso, nacido en Santa Fe en 1952. Auténtico heredero de la poética orientalista de Vallejos y Aldana, Bisso insiste en hablar del río con un lenguaje tan despojado como riguroso. Por ello sus poemas hacen un culto de los enunciados nominales, muchas veces desgajados de las estructuras sintácticas que los contendrían en un discurso convencional, para hacer del nombre el modo de un decir deíctico que no solo designa sino que además, y de modo notorio, señala. Así, frente a un poema como «Fugaz» que dice: Rojo/ Gestación de la noche / Ocre/ horizonte sin borde / Azul/ descenso del silencio / Verde/ Culminación del goce, la lectura reconoce no solo un gesto que designa lugares y momentos sino que además, y esencialmente, los indica. Pero es en la sección del libro denominada «Haikus azules» donde el orientalismo de *Isla adentro* se consume plenamente, puesto que en este caso se trata de practicar abiertamente

esa forma poética que representa uno de los íconos emblemáticos de la escritura oriental.

Austeros, escuetos, precisos, los haikus de Bisso hacen gala de toda una eficiencia cuando ciñen en la brevedad de su enunciado esas imágenes intensas donde el río se revela. Así, el poema XII puede decir: *Sombrero de agua./ Desde la tela púrpura/ posa la lluvia*, mientras que el poema XIII enuncia: *Tras la tormenta/ desvelo de pájaros./ Magia del cielo*. Por ello, estos textos de formato oriental quizás representen el momento en el que la poética orientalista de los autores santafesinos encuentra su expresión más lograda. Aunque esto no debería conducir a la errónea suposición de que no hay otros modos de cantar al río en la poesía de la provincia: sin duda que los hay, pero es justamente esta poética la que imprime una poderosa modalidad distintiva a la escritura de algunos de sus autores más relevantes. La explicación de este fenómeno acaso haya que buscarla en la luminosidad inextinguible que sobre ella proyecta, desde el otro lado del río, el inmenso, el imperecedero, el ejemplar faro orticiano.

La mirada no eterniza/ esfuma lo vivido/ irrumpe el devenir. Así comienza «Al alba», el primer poema de *Isla adentro*, que mereció el Premio Provincial de Poesía José Pedroni. Me recuerda que mirar es una de las actividades primordiales de la poesía: la mirada de la naturaleza a la que se despierta, sueña y arrastra en su sueño al poeta. Como dijo Karl Krauss: «cuando más cerca se mira una palabra, tanto más lejos la palabra mira». En poesía la mirada descubre y permite el reconocimiento. Algo nuevo irrumpe, por obra de esa mirada que lo mira por primera vez con otros ojos, y el pasado se vuelve devenir, lo inmutable se vuelve travesía. La mirada más feliz es la que hace posible la revelación de un instante único, irrepetible: ésa es la mirada inaugural del poeta.

Recrear la naturaleza, comprenderla, dotarla de un sentido. El mundo está allí y no necesita de nosotros. Somos nosotros quienes, para perdurar, debemos resignificarlo. Exiliado en la naturaleza, el hombre tiene el lenguaje; éste parece ajeno al cielo, al agua, a la tierra. Y sin embargo, solo el hombre es capaz de nombrarlos, de recuperarlos para sí, recuperándose: ahí está su salvación.

El mundo es inasible y fugitivo, a pesar de su aparente inmutabilidad. El río —nos dice César Bisso— es un ojo que no olvida. Hay, parece indicarnos, una esencia ajena a la voluntad y un universo al alcance de la mano, donde moramos

y al cual, a menudo, depredamos. Sí, pero también somos capaces de solazarnos en su belleza. Me recuerda que todo tiene un principio y un fin para el que fue creado. Pero el conocimiento no llega a develar el misterio. Siempre algo se escapa. Así la poesía, irreductible, inapresable.

Heráclito desanda rumbo de sí mismo por el río eterno/ (...)
Lo que anhelo cambia. Y lo que no es muerte, expresa el poeta. Hay un solo camino: el del desciframiento. Cuando creemos haberlo culminado es porque hemos llegado a nuestro final.

Cuando el lenguaje poético alcanza semejante tensión entre lo indeducible y lo nombrado, todo cuanto se diga por explicarlo sobra. La crítica solo lo sofocaría, aplastándolo, reduciéndolo a lo previsible. Privaría al espíritu de su voz, es decir, de su libertad. Es preferible transmitir la impresión que deja en quien lee, aun cuando esa emoción sea intransferible. Nada de cuanto se diga será eficaz, porque el tono de emoción trémula y fresca, si bien no candorosa, ese *impromptu*, ese raptó, ya logra su eficacia poética. Situado entre logos y sentimiento, el lenguaje poético atraviesa ese límite y se acerca a los dioses. La condensación provoca al lector, pone en juego sus experiencias, sus emociones, lo desafía a abandonar la certeza y dejarse llevar por esa mirada soñadora y lúcida que le ofrenda, amorosa, un paisaje interior. Uno mira, por primera vez, con la mirada del poeta. La contemplación se ha vuelto revelación. Kafka escribió en su diario: «la contemplación y la actividad tienen su verdad aparente, pero solo la actividad emitida por la contemplación o, más bien, lo que a ésta vuelve, es la verdad». Para él, la literatura era un escándalo milagroso. Y ¿cómo podría no serlo, si nombrar lo inefable es lo que nos vuelve humanos?

La isla, parece decirnos el poeta, colma los deseos. Celebra el claroscuro suspendido. *La noche fluye lánguida, tibia.* ¿Cómo no desear ese ámbito, cómo no anhelar verlo con esos ojos?

El misterio de esos ámbitos despliega su encanto y también la impaciencia por develarlo. Recuerdo que G.M. Hopkins escribió que el poeta es mediador del rostro velado de Dios. En el poema «Enigma», Bisso se pregunta: ¿quién es el dios de la isla? ¿blasfema el sauce? ¿adora el ceibo? Y se dice: *en el silencio comienzo a construir mi fortaleza*. En el silencio de la contemplación y la reflexión el espíritu se despoja de lo previsible y al desnudarse atrapa para sí la voz. El poeta, un cazador, corre tras la víctima, la cual *asestada de luz*, lo cautiva. Diría: un cazador que no depreda, un cazador que no se agazapa, furtivo, sino que eleva la mirada y nos revela la inmanencia.

Resulta inevitable pensar que así como hay una poesía que llena un vacío a partir de la percepción, una poesía que hace del paisaje exterior un acento que se transmuta en verbo, hay otra poesía, por así decirlo, urbana, que trae para sí, en palabras de George Steiner, «la libertad de la ciudad moderna, los privilegios de la arbitrariedad, de la autonomía técnica de la referencia interior y de la retórica subterránea que casi definen el estilo del siglo xx». La poesía de César Bisso transita por el silencio, no da cuenta de ningún monólogo de conciencia, sino que se vuelve mediadora de una experiencia iniciática: es testigo de una realidad inapresable y su contemplación es un acto espiritual decisivo y decisorio.

Nada se parece al hombre, dice en «Naturaleza viva». Solo el hombre nombra, se asemeja a Dios, descifra, hurga, se conmueve o aniquila. Solo él se interroga, solo él comprende. Disipa la oscuridad, la vuelve luz. Ese Hombre con mayúsculas, ¿no es también el Hijo que lo dotó de Verbo?

En «Sin regreso», Bisso escribe: *Camalotes/ a la deriva/ no perseguidos/ por lo pájaros/ sino silenciosos/ como ataúdes/ condenados/ a la desmesurada/ oscuridad*. Me impresiona la imagen, el viaje sin retorno, sin sentido, sin vida. Pura muerte esa oscuridad escrita de manera intemporal, eterna.

La poesía, para ser tal, es la ofrenda de una verdad. Y este es el don de César Biso: su yo contemplativo y anhelante se vuelve ese otro que soy, ese otro que necesita de su lenguaje para volverse plena criatura significada.

MARCELO DI MARCO
TEXTO LEÍDO EN LA
PRESENTACIÓN DEL LIBRO
ISLA ADENTRO. CENTRO
CULTURAL RICARDO ROJAS.
UBA. BUENOS AIRES. 1999

La búsqueda de la belleza

Cuando leí los «Haikus azules» de César Bisso —hasta ese momento inéditos— yo estaba escribiendo los tramos finales de mi ensayo *Hacer el verso*. Después de la lectura de aquellos poemas, después del deleite inicial, vino la alegría: me di cuenta que había encontrado excelentes muestras actuales de cómo se podía provocar el ánimo del lector trabajando desde una poesía de rasgos aparentemente mínimos. Esos haikus me parecían un ejemplo perfecto de la afirmación del poeta Víctor Redondo sobre ellos: el haiku es el *súmmum* de la poesía, es la concentración máxima, el *no va más* de la síntesis. Leyendo a Bisso, escuchando sus palabras en el reportaje que le hice, entendí mejor cuántas cosas esenciales separan a los versificadores kilométricos de los verdaderos poetas. Una de esas cosas esenciales es el saber renunciar. ¿Renunciar a qué? Al verseo amplificado, a la perífrasis enredada, a la redundante admiración del ombligo propio. Renunciar, en suma, a decir en cincuenta versos lo que podría decirse en cinco. Personalmente, creo que el verdadero espíritu de lo poético se encierra en la brevedad y no en

la dispersión. Y aquí viene la zona de peligro: muchos saben cuánto esfuerzo se necesita para lograr precisión y síntesis sin caer en lo meramente telegráfico. En ese sentido, los haikus de Bisso me parecen dignísimos herederos de una larga tradición literaria contemplativa, que de vez en cuando reverdece gracias a poetas como él.

Ahora leo la totalidad del libro. Descubro que los poemas que rodean a los haikus no son un simple engarce para estas pequeñas gemas, sino que realzan el conjunto más todavía. Pienso que el autor logró encontrar el secreto de la unidad, ya que *Isla adentro* es un libro variado, múltiple y, al mismo tiempo, homogéneo. Lo digo porque leí el libro de un tirón, sinfónicamente, a merced del ritmo que el texto me iba proponiendo. Así logré respirar su armonía estructural. Volvieron las sensaciones de la primera vez y, por eso, debo agradecer al poeta el momento grato que me hizo pasar en comunión con la naturaleza, una vez más, sin moverme del living, tan lejos y sin embargo tan aquí. Porque *Isla adentro* es una escuela de la mirada. Bisso nos enseña a observar la creación con ojos amorosos y a dar cuenta de este amor.

Si recordamos que la expresión «obra maestra» sirve para designar aquellas obras que contienen una enseñanza respecto de su logro, ese libro sin duda lo es: confieso que uso los versos de Bisso en mis talleres, y vuelvo a ellos para ejemplificar procedimientos, para mostrar cómo se trata el lenguaje desde la percepción. Pero, sobre todo, vuelvo a ellos para pregonarles a los principiantes la claridad de lo poético y el significado del trabajo del artista, que es la búsqueda de la belleza.scapa. Así la poesía, irreductible, inapresable.

CONCEPCIÓN BERTONE
TEXTO LEÍDO EN LA
PRESENTACIÓN DEL LIBRO
ISLA ADEENTRO. CENTRO
CULTURAL BERNARDINO
RIVADAVIA. ROSARIO. 1999

Un arca para las criaturas bienaventuradas

Isla adentro, adentrada en el ojo de la mirada, «desde el misterio de la mirada» como me señala un verso de César Bisso que yo descuelgo del encabalgado sutil de un gran silencio interior del poema, que justamente lleva ese nombre: «Interior». Y me sorprende, me alegra haberlo olvidado por un momento en esa relación de deseo que el lector establece con la obra al leerla y que cuesta tanto abandonar.

«Pasar de la lectura a la crítica, es cambiar de deseo, es desear, no ya la obra sino su propio lenguaje», dice Barthes y le creo, en este viaje casi fluvial hacia la palabra aislada y rodeada de un río de sentidos: soledad, refugio que salva de un naufragio, comunión con la naturaleza desnuda, con la belleza de esa desnudez, paraíso recobrado por los ojos, que no solo los órganos de la visión del hombre sino también un bien debido a él y símbolo de la divinidad en las metáforas sacras de los pasajes bíblicos. Inmersa dentro de esta carga semántica de las palabras y mi deseo de indagar en ellas, está la poesía de César Bisso que, en la primera parte de su libro llamada «Miradas», dice en el poema que mencioné

al comienzo: Dejo el mundo afuera./ El agua emblandece al barro/ y mendiga sed./ Convenciones de juncos agarbados./ Desorden del viento./ La belleza está allí: silenciosa, cauta./ El ojo usurpa restos del alba./ Ningún pájaro es vuelo que libera/ si escala su propia altura./ Solo el agua va. El ojo permanece./ Tomo al mundo por el ojo.... Y en el poema «Ser», contiguo a éste, el último verso dice: El río es un ojo que no olvida. Pero el río no puede decir lo que ve sino desde los ojos del poeta, que es también su memoria, su voz que lo sacia en su necesidad de recordar que en el agua todo se disuelve, toda forma se desintegra, toda historia queda abolida: tales son las características de la purificación por el agua, en la que se basa el bautismo cristiano; es la elevación de la pureza hacia una vida nueva. El agua de los ríos, del mar que es el destino de toda agua que fluye, son significaciones sagradas para casi todas las culturas. En ellos —río, mar— se bañan el nacimiento y la muerte en un ritual de limpieza del alma. Así también el agua de la lluvia, purificando la naturaleza y haciéndola renacer. ¿No es esa la esperanza que sostiene al poeta y al estado de Gracia que lo pone en contacto con la creación? Tocar con pudor lo sagrado: la vida hasta el comienzo del ser, lo materno, lo intrauterino, isla y río a la vez, la pureza nonata, sin muerte aún.

«Ser», «Búsqueda», «Enigma», «Eternidad», principio y fin en este libro circular, cuya idea central es profundamente metafísica, de todo conocimiento de los principios primeros y las causas de las cosas. Si la poesía es un universo en totalidad es porque contiene en ella un infinito número de sustancias, de objetos que concurren a la formación de ese todo en una constante querella por ser parte, por participar de esa fuerza hecha de elementos disímiles, de cosas opuestas que logran estrecharse en la diversidad donde se vuelven una, sola, sencilla cosa: esencia. Comienzo y fin de esta infinita movilidad, es el pensamiento, esa facultad que permite

comparar, combinar y estudiar las ideas, pero que más allá de eso significa nuestra interioridad, nuestra vida aislada, adentro, íntima y penetrante. Que significa el poder pasar a través de las cosas, como el aceite penetra la tela o la espada la carne. Pero aún más profundo y conmovedor en el caso del poeta. Las palabras en su pensar son labradas como por un cincel de agua, porque el poeta en su inevitable lucha contra la significación, encuentra la manera de salvarlas de todas las significaciones que la ocultan.

Para entender mejor ese universo que es la poesía y en especial la de César Bisso, también se vuelve inevitable el hablar de la «lengua» —Verbo y Logos emparentados en un todo— que nos muestra la posibilidad de la misma unidad que nos propone la vida; más allá de esa lucha elemental que constituye la existencia. Y en esa posibilidad nos invita a asentar en su profundidad el habla que hará que lo que ella nombra, sea. Y desde ese momento la palabra nos sugerirá un misterio de unidad, una intuición de unión en la dispersión que nos tienta a reunir en nuestro espíritu. «Toda lengua es así el campo para la elaboración de un especie de orden; para la fundación de algo sagrado dentro del destino del habla», expresa Ives Bonnefoy en su libro *Lo improbable*. Por ese camino va la palabra de Bisso.

*Heráclito desanda rumbo de sí mismo/ por el río eterno./
No hay ojos para la anchura del sol./ La calandria se aleja
sin regreso./ El devenir pulsa un nuevo instante./ Heráclito/
deslinda mirada y agua./ Lo que anhela cambia. Y lo que no/
es muerte.* Comprendemos a través de este poema el gran equilibrio móvil en el que ningún ser se eterniza. La unidad dinámica del cosmos, del «fuego» siempre vivo que «juzgará las cosas». Esta ley parece haber sido la vocación de Heráclito y su concepción de la sabiduría. El alma posee una afinidad con la naturaleza por ser ella Fuego, fuego celestial. Como tal originaria del agua que es igualmente, en sentido inverso,

su muerte. Pero no todas las almas mueren devoradas por el agua: algunas, las mejores, sobreviven desencarnadas para unirse con el Fuego en el «éter». Aunque esto no significa una salvación personal. Si las almas que mueren en el combate son más puras, aquí podemos encontrar una relación con esa lucha del poeta, porque «la poesía no es un empleo de la lengua. Acaso es una locura en la lengua», al decir de Bonnefoy. Por eso no podremos comprenderla sino a través de su mirada de locura, de su propia manera de entender y asumir las palabras, esas, con las que el poeta nos habla.

Pureza es la única palabra que se sale de madre cuando uno entra a la poesía de César Bisso. Naturalmente, esa pureza está referida a la poesía misma y no como fruto de las decantaciones que en ella pudiera haber operado el autor, sino como algo que al amante de la lectura se le da así, tal una realidad primera, advertida de pronto, como en todo descubrimiento sucede. Existirán, como en la gran poesía de siempre —y más en casos como el suyo, tan trabajado por dentro— las lentas alquimias a la que en rigor se debe, pero lo cierto es que nos llega con palabras sencillas, francas, no como gemas sino como piedras de la orilla pulidas con la simplicidad de un agua transparente por naturaleza. ¿Y qué es esa agua, si no de aquí en más el inconsciente: esa riqueza sellada, ese otro lugar que concurre también, con sus reflejos silenciosos, a separarnos de nosotros mismos? Tan cercano a lo más penoso —a lo más verdadero— de cada uno de nosotros.

Este día debo guardar silencio/ y solo mirar hacia donde nadie./ Descender el río temprano/ hasta el sol más profundo./ Este día extraña mi origen. Así escribe César Bisso. Y no es solo una imagen. Porque nos pone frente a nuestra propia soledad moderna, en la isla desde donde miramos el desértico río de la vida, la violencia mediática que nos despoja día a día de las pequeñas cosas absolutas. Y nos movemos como

Seferis el griego, entre Dionisos y Cristo, como él exiliados en una ciudad-isla, divididos entre el apego a nuestra propia vida y aquel perdido amor que nos decía que pertenecíamos al mundo, a un lugar donde nuestro pasado era el umbral de nuestro presente donde soñar con el futuro. Allí sentados esperamos no un milagro pero sí una posibilidad de ser, de saber cómo volver a Ser: *El río persigue/ lo que no fue dado./ ¿Bastarían credo, diálogo, letanía/ ascender al espacio de inmortal verdor?/ ¿De haber diluvio, sacramento, caos/ en el cielo y en la tierra, tendría/ la eternidad rumbo de aguas estancadas?... Miro el río. Estremece no saber lo que da.* Un temor místico que recuerda al de San Juan en la isla griega Patmos y al de cualquiera de nosotros esperando una revelación del cielo.

Pero Bisso hace posible creer en algún bien, a través de su peregrina mirada por este paisaje bondadoso y bello, que no obedece a un motivo de curiosidad o distracción, sino a una íntima necesidad de concentración. El mundo exterior es para él como la proyección de su mundo interior, el medio donde reflejarse y adquirir conciencia de la propia realidad: *Isla en medio de mí./ Mansa/ como manos de agua/ mira tan adentro/ y me atraviesa./... Una isla en medio de mí/ muy adentro.* Este poema destella por el logro de una unidad visual, por la comunión de una «mirada interior» con una realidad externa que está dentro del poema. En la unidad de la visión, el mundo exterior se vuelve al unísono y en una misma imagen desplegada, paisaje interior y paisaje exterior: como cuando viajamos en auto por una carretera, mirando por el parabrisas, sentimos como el afuera entra por nuestros ojos y se queda en nosotros como una fotografía viva, corriendo en las venas, «muy adentro».

Este es un libro poblado solo por la naturaleza y donde *nada se parece al hombre*. Hay mucho más en él: haikus y movimientos de la música, para leerlo a salvo de un objeto en

el que se entrelazan significaciones, estructuras, disociaciones meras. Cuanto más lejos estemos de analizarlo, menos nos arriesgaremos «a olvidar la intención de salvación que es el único anhelo del poema» y de la poesía. Que el lector lea sin impacientarse la serena voz de este poeta nuestro: uno de los más puros. Para que pueda con *Isla adentro* contemplarse en cada palabra. Y para que sepa que está escrito —como dice Francisco Madariaga— «para los inocentes», para todas las criaturas «bienaventuradas».

Devenir, silencio, miradas

¿Cómo se hace para decir algo de un decir que funda sobre sí mismo? ¿Cómo se hace para no oscilar entre la mera glosa reiterativa o la simple arbitrariedad? ¿Cómo responder a esa interrogación abierta que es siempre la poesía? ¿Qué decir? Con estas prevenciones abordamos *Isla adentro*, de César Bisso, sabedores de que el mejor comentario es siempre la lectura atenta, aun cuando nada ni nadie puedan dar garantías de lo que se dice y de lo que se lee. Pero se lee y se dice y se escribe *a pesar de*, o más bien *porque* hay algo de eso que llamamos poesía aunque no sepamos muy bien qué es. Aun así leemos, anticipando precarias respuestas.

Si tuviésemos que delimitar las coordenadas del canto en *Isla adentro*, éstas serían acaso tres: devenir, silencio y mirada. Y su transitividad e implicaciones. Así como en Heráclito —o en su versión más afamada— todo fluye, la mirada no eterniza, es decir, es un dejar ser a las cosas, no hastiarlas, no recargarlas del abrumador sentido, sino dejarlas ser en su torrencial estar y fluir sin permanecer. La mirada asombrada, impávida, allí se detiene, *esfuma lo vivido/ irrumpe el devenir, porque no quiere llegar tarde/ a la felicidad de lo inesperado*.

La mirada, el hacer humano, se repliega, deja de avasallar el devenir, al fluir del mundo, de ponerlo a su servicio y se aparta, en esta isla adentro tan lejos del habitual torbellino

de atropelladas sombras que se debaten en una caverna: Solo el *agua va*. El ojo *permanece*. Pero la mirada, si inmóvil, si pura inacción, registra lo que fluye: *Lo que no alcanzo, inmóvil goza/ en el misterio de la mirada*. Entonces: El río es un ojo que no olvida en medio del *devenir incesante*, poniendo así juntos ser, mirada y devenir.

El estar de las cosas mudas dispensadas de tiempo humano intimida: *Miro el río. Estremece no saber lo que da*. El libro de Bisso es la historia de un exilio voluntario hacia adentro, hacia el corazón de las tinieblas donde estalla la luz, hacia el aterrador fluir que funda el tiempo y que lo elude; canto de un vértigo, testigo del espanto de un mundo eternamente renacido, rebelde al conjuro humano, a su afán de poderío y de objetivación, en una aurora apenas imperceptible, de mínimo surgir de un sujeto y un objeto, donde, por un instante, es posible este decir en medio de la inasibilidad de lo que es: *Lo que anhelo cambia. Y lo que no/ es muerte. Y lo que estaba fuera se revierte hacia adentro: Isla quieta/ sola y bella dama/ penumbra silvestre/ voz de luna/ abrigo de hojas/ silencio /brote del asombro. // Una isla en medio de mí/ muy adentro*.

Porque basta la isla, dentro y fuera: *De tanto cielo alcanzo una estrella./ No es todo. Luz y sombra/ arrastran la última hoja (...)* ¿Hay deseo que/ en la isla no se halle? Es que en esa isla sin tiempo no se ha despertado la historia ni se la desea; es un espacio utópico, ni infierno ni paraíso, solo mundo aparte, adentro y sin nombre: *Si nombro las cosas, aliento otra duda./ Entonces miro. Y callo. En el silencio/ comienzo a construir mi fortaleza*.

Solo dentro de la isla —con la isla como interior— se recobra la mirada: *Miro como un pez/ desde la remota/ oscuridad del sueño... y el poema es frente a mis ojos.../ Una hoja más que vuela*. En la lucha—devenir entre isla y hombre hallan su lugar la mirada y poema, destituidos de su habitual imponerse, ante el *hechizo de la isla que no cesa*. Allí es menos el

Hombre y calla; recién entonces allí/ aún es posible mirar, atreverse, en una aurora indecisa y silenciosa.

Y finalmente es preciso marcharse, entregarse, al ingrato desahogo/ del desposeimiento, donde lo pequeño prevalece; lo inasible profiere: *¿Importa medir/ lo que no tiene espacio ni tiempo?*

Entonces, ante la catástrofe, el retroceso de todo avasallamiento, queda solo la mirada, mínima irrupción que no mancilla aun lo que hay: *Oros abanicán la orilla, en tanto solo hay puro silencio/ isla en llamas; nada se pierde/ si ojos y latido/ no son los mismos/ ante cada revelación. Lejos del discurrir, del calcular humanos, se enseñoorea la mirada en el eterno fluir en silencio: Este día debo guardar silencio/ y solo mirar adonde nadie. Pues para merecer tan distante reino hay que ir más allá de sí mismo, hacia la nada, ausente, a la deriva hasta la orilla del infierno, donde queda vacía/ la palabra/ y fuga entre hojas/ hacia la boca de la noche.*

En el reino alternante del devenir, el silencio y la mirada, se juega el destino de la isla interior de César Bisso. Vayamos también nosotros, isla adentro, hacia el silencio, que acaso sea el verdadero decir.

OSVALDO RAÚL VALLI
FRAGMENTO DE
«LA POESÍA DE CÉSAR
BISSO: ACERCA DE
LA SIMETRÍA DE LA
MEMORIA.» PRÓLOGO
DEL LIBRO LAS TRAZAS DEL
AGUA. EDICIONES UNL.
SANTA FE. 2005

**«Todo está clavado
en la memoria...»
(León Gieco)**

Es en Isla adentro donde nuevamente irrumpe una memoria plena y colmada de posibilidades interpretativas. Aquí, la poética de César Bisso adquiere consistencia, a través de amplia gama de texturas que remiten a una visión más reflexiva y decantada de la existencia. Adviene tiempo poético más riguroso en la afinación del instrumento verbal, de apreciable poder de síntesis en la plasmación de sensaciones centradas en el fluir de la vida y en la relación con la naturaleza. Un tiempo en el cual el relato interior se torna más íntimo y menos propenso a negociar con los aspectos superficiales o anecdóticos de una realidad a la que se intenta aprehender en lo esencial. Hay en este libro poemas que adquieren carácter emblemático, por sintetizar un estado de vivencia poética o acto de estar frente al mundo. Hugo Echagüe lo sintetiza a través de tres nudos fundamentales: *devenir-silencio-mirada*.¹ El poema «Sola» expresa con precisión

1\ Echagüe, Hugo: «Devenir, silencio, mirada». *El Litoral*, 17 de julio de 1999.

la consustanciación casi absoluta entre yo poético y espacio físico, marco sensorial y territorio interior (*Isla en medio de mí.// Mansa/ como manos de agua/ mira tan adentro y me atraviesa.// Isla quieta/ sola y bella dama/ penumbra silvestre/ voz de luna/ abrigo de hojas/ silencio/ brote del asombro.// Una isla en medio de mí/ muy adentro*). Esta isla se define como lugar metafísico que trasciende la ya mencionada fijación al territorio sagrado de Pavese y deviene ámbito en que se funden dimensiones de tiempo, sentimientos raigales y reminiscencias. En «Enigma», la isla se vuelve oráculo cuyo secreto el poeta deberá descifrar en el proceso constructivo de su fortaleza interior: *Pregunto a la isla: quién es tu dios?/ blasfema el sauce? adora el ceibo?/ revelan las aguas el saber perdido?/ eres solo eternidad que resplandece?// Si nombro las cosas, aliento otra duda./ Entonces miro. Y callo. En el silencio/ comienzo a construir mi fortaleza. En el mismo eje de vertebración semántica, «Allegro vivace» plasma el juego tensional entre la incertidumbre de lo no resuelto (¿Qué más queda?/ ¿La palabra?/ ¿El sueño?/ ¿Acaso lo perdido) y la irresistible atracción de lo seguro (*Isla adentro,/ pura sed en llamas/ naufraga mi silencio*). Pero no hay certezas en lo sinuoso de los laberintos interiores: *Nada vuelve a los ojos/ tal como es...// Isla adentro/ solo la mirada/ halla lo inesperado*. Puede inferirse, a partir de lo dicho, que la dimensión de memoria en *Isla adentro* sigue siendo idéntica a sí misma, al tiempo que siempre renovada. Siempre abierta a diferentes formas de ver las cosas, siempre sujeta a las tensiones primordiales que habitan en el hombre. Metáfora en última instancia del devenir incesante/ *mudanza de la belleza*, con que se inicia el poema «Ser», pieza fundamental no solo por su valor intrínseco sino por constituirse en otro de los núcleos emblemáticos de la cosmovisión del poeta. Es importante prestar atención a la severa construcción de este poema, basada en sintagmas breves que, a través de*

devenires, búsquedas y mudanzas dan idea de un fluir armónico que ha de encontrar su culminación en la imagen fluvial como (gran) ojo-luz que puja, paradójicamente, a fuerza de permanencia, por vencer la negrura de la no memoria. (Devenir incesante/ mudanza de la belleza/ búsqueda temblorosa del vacío/ sonido asible y oculto/ espiral de luz/ violencia de lejanas lluvias.// El río es un ojo que no olvida). Dimensión de memoria que trasciende la simple noción de nostalgia o evocación o extrañamiento, para involucrar las diferentes y complejas instancias que marcan la relación de los seres con el cosmos. Esto adquiere particular connotación en la vastedad del relato lírico bisseano, sobre todo si se tiene en cuenta que la interrogación constante al mundo interno y externo realizada por el poeta, está conformada por retazos de pasado, fragmentos de presente y memorias de futuro. Ha tomado la impronta errática y azarosa que la aventura interior demanda: a menudo se somete a la reminiscencia casi en estado puro, otras florece portadora de una sensualidad envolvente y muchas otras pareciera adquirir la hondura metafísica del silencio.

Creo que resulta pertinente volver a este último tópico, no solo porque constituye un motivo vital en la poética de Bisso, explanado tanto en el horizonte de las formas (inteligente manejo de elipsis, uso de hiatos, fraseo rítmico pausado), como en el estrato de las significaciones generadoras de atmósferas cargadas de sentido, logrado a través del regreso a lo más profundo de la propia mismidad. Es decisivo —dice George Steiner— que el lenguaje tenga sus fronteras, que colinde con otras modalidades de afirmación (la luz, la música, el silencio) «que dan prueba de una presencia trascendente en la fábrica del universo».² Al relato

2\ Steiner, George: *Lenguaje y silencio*. Gedisa, Barcelona, 1994.

lírigo propuesto por nuestro autor siempre es necesario retomarlo. Requiere para la culminación de su esfericidad semántica del concurso de voces como también de la gravedad del silencio. Hablo de silencio en cuanto espacio interior que deja en suspenso los datos más epidérmicos de la realidad, para privilegiar una suerte de *momento de reposo* motivador de ideas, de excitaciones y de asociaciones interpretativas.

Es precisamente en esta actitud centrada en el silencio donde el fluir de la lírica de Bisso alcanza, en esta etapa de su escritura, un particular estadio de madurez creativa. Uno de los poemas que conjuga con altura estos aspectos es *Interior*, disposición cabal de un estado de alma entrevisto desde el misterio de la mirada a través de la imagen precisamente del ojo (que) usurpa, el ojo desde el que se puede aprehender el todo (tomo el mundo por el ojo) y con el cual la mirada poética se apropia del paisaje en sus diferentes dimensiones. Pero es a través del ojo-memoria (*Solo el agua va. El ojo permanece*) cuando alcanza especial magnitud el proceso de interiorización (¿idealización?) de todas las potencias de la naturaleza, intentado por el poeta. Proceso que acaba por reconocer que

no hay otro lenguaje.

Cielo.

Agua.

Isla.

Hay en este orbe, además, otro poema clave, «Reiteración del origen»,³ que por su severa brevedad, condensa los

3\ Junto con «Dolor», «Sin regreso», «Crescendo», «Romanza», entre otros, conforma una microsaga dentro de la obra que refieren a la relación profunda hombre-cosmos.

elementos básicos de la cosmovisión de Bisso a los que vengo haciendo referencia: *Este día debo guardar silencio/ y solo mirar adónde nadie.// Descender el río temprano/hasta el sol más profundo.// Este día extraña mi origen.* Es el mutismo la única vía posible para que el poeta pueda vivir a fondo la experiencia trascendental de la memoria (en este caso es decididamente memoria recuperadora). Las palabras son insuficientes para ese estado ceremonial en que debe *descender el río primordial (el mismo río en que Heráclito desanda rumbo de sí mismo y donde miro como un pez/ desde la remota/ oscuridad del sueño)*, para mirarse en lo más hondo de su interioridad y al mismo tiempo en función de un *más allá...*

Índice

- 9 Nota a esta edición

PARTE 1

Isla adentro

- 13 **Prólogo.** No es sol que usurpe
FRANCISCO MADARIAGA

Miradas

FRANCISCO MADARIAGA

- 17 Comienzo
18 Interior
19 Ser
20 No saber
21 Eternidad
22 Sola
23 Escuchar
24 Vía Láctea
25 Fugaz
26 Galope
27 Enigma
28 Claroscuro
29 Lectura
30 Cazador

- 31 Naturaleza viva
- 32 Frontera
- 33 Búsqueda
- 34 Pájaros
- 35 Rito de agosto
- 36 Primavera
- 37 Casida de la tarde
- 38 Asombro
- 39 Dónde
- 40 Reiteración del paisaje
- 41 Solo cielo
- 42 Dolor
- 43 Sin regreso
- 44 La noche
- 45 Para no morir
- 46 Crescendo
- 47 Isla
- 48 Deseo

Haikus azules

JUAN L. ORTIZ

- 51 I-II-III
- 52 IV-V-VI
- 53 VII-VIII-IX
- 54 X-XI-XII
- 55 XIII-XIV-XV
- 56 XVI-XVII-XVIII
- 57 XIX-XX

Movimientos

VICENTE HUIDOBRO

- 61 Impromptu
- 62 Adagio
- 63 Romanza

- 64 Andante
- 65 Allegro moderato
- 66 Allegro vivace

PARTE 2

Otros poemas

- 69 **Prólogo.** No hay otro lenguaje
CARLOS ROBERTO MORÁN

Epifanías

BEATRIZ VALLEJOS

- 75 Hechizo
- 76 De tierra y río
- 78 En una isla nada es fugaz
- 79 Borde de isla
- 80 El río pasa
- 81 Preludio
- 82 Imágenes
- 84 Reposo
- 85 Boquerón
- 86 Enero
- 87 Paso de la heladera
- 88 Inundación
- 89 La tregua
- 90 Crepuscular
- 91 Pescador de Carancho Triste
- 92 Providencia
- 93 Virgen isleña
- 94 Criaturas de la orilla
- 95 Delirio
- 96 Garza mora
- 97 El dorado
- 98 Zarpazos

- 99 Soledades
100 Encuentro
101 Siesta
102 Gracia
103 Camino del agua
105 Anheló
106 Plegaria

Devenir

HOMERO CARVALHO OLIVA

- 111 uno-dos-tres
112 cuatro-cinco-seis
113 siete-ocho-nueve
114 diez-once-doce

PARTE 3

Apéndice

Comentarios acerca
de Isla adentro

- 117 **La eterna presencia**
ROBERTO RETAMOSO
- 121 **Isla secreta**
DELIA PASINI
- 125 **La búsqueda de la belleza**
MARCELO DI MARCO
- 127 **Un arca para las criaturas
bienaventuradas**
CONCEPCIÓN BERTONE
- 133 **Devenir, silencio, mirada**
HUGO ECHAGÜE
- 136 **«Todo está clavado en la memoria...»**
OSVALDO RAÚL VALLI

Bisso, César
De abajo mira el cielo / César Bisso.
— 2a ed — Santa Fe :
Ediciones UNL, 2022.
148 p. ; 22 x 14 cm. — (Itinerarios)
ISBN 978-987-749-333-7

1. Literatura. 2. Literatura Argentina.
3. Poesía. I. Título.
CDD A860

© César Bisso, 2022.
© de los prologuistas Francisco
Madariaga y Carlos Roberto
Morán, 2022

Se diagramó y compuso
en Ediciones UNL y se imprimió
en Reywal, Pedro Medrano 1257,
Los Polvorines, Buenos Aires,
Argentina, febrero de 2022.

Queda hecho el depósito
que marca la ley 11723. Reservados
todos los derechos.

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Consejo Asesor de
Colección Itinerarios
Enrique Butti
Marilyn Contardi
Analia Gerbaudo
Miguel Irigoyen
Germán Prósperi
Hugo Quiroga
Ivana Tosti

Dirección editorial
Ivana Tosti
Coordinación editorial
María Alejandra Sadrán
Coordinación diseño
Alina Hill
Coordinación comercial
José Díaz

Diseño de colección
Alina Hill
Julián Balangero
Edición al cuidado de
Ivana Tosti
Corrección
Félix Chávez
Diagramación de interior y tapa
Verónica Rainaudo

Fotografía de tapa
Freepik

© Ediciones UNL, 2022.

Sugerencias y comentarios:
editorial@unl.edu.ar
www.unl.edu.ar/editorial

«Escribo porque me alza la naturaleza», este verso de Francisco Madariaga fue el punto de partida para escribir *Isla adentro*, y luego proseguir con otros poemas a lo largo de la vida, donde sólo la mirada del poeta ha buceado en el río, en las orillas, rescatando las criaturas del cosmos isleño a través de la palabra.

Todo visto desde una búsqueda interior,
a pura luz, yendo siempre al encuentro
de nuevas epifanías.

UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL LITORAL

ITINERARIOS
POESÍA

978-987-749-333-7

